

CONSIDERACIONES SOBRE MITOLOGÍA INDOAMERICANA

Por RAFAEL GIRARD

Fundamentos, función y métodos de estudio

Muchos son los investigadores de la mitología indoamericana que han puesto de relieve los rasgos fundamentales comunes entre los relatos míticos de los pueblos agricultores de este Continente, paralelismos notorios tanto en lo que respecta a la estructura o distribución del material mítico como a los temas mismos.

Parten de la creación del mundo, capítulo expresivo de las peculiares concepciones cosmogónicas indígenas; se articulan en "Edades", períodos o tiempos míticos; y finalizan con la historia del —o de los— héroe civilizador que ejemplifica las normas de conducta vigentes. Este nace generalmente en forma milagrosa o partenogénicamente y desarrolla sus actividades en la tierra. Al principio confronta grandes peligros y dificultades que logra vencer gracias a su naturaleza divina y, por ende, se identifica con las grandes luminarias que esparcen con la luz material, la del conocimiento.

Antes de su advenimiento, el mundo está sumido en la oscuridad en sentido propio y figurado según la concepción indígena. Tal oscuridad y barbarie se desvanecen ante la aparición del héroe civilizador que es, a la vez, dios solar; ilumina el alba del último período mítico que corresponde, en concepto indio, a la edad presente o histórica.

Este es, en síntesis, el patrimonio intelectual de los pueblos agricultores de los que tenemos una mitología considerada la más completa, como por ejemplo la de los tupi-guaraní, cuna y maya-quiché.

Sentido historiográfico de los Mitos. — Para el indio los mitos reflejan su propia historia, dividida en dos épocas: la presente y la pasada, o sea, el período histórico y el prehistórico. Esas épocas están separadas simbólicamente por un cataclismo que borra el pasado, que considera como un período concluido. En otros términos, las formas culturales del presente se superponen a las del pasado y las sustituyen. Tienen como punto de partida el momento en que el héroe civilizador

establece nuevas normas de conducta que reemplazan las imperantes hasta entonces, consideradas en los propios relatos míticos como exponentes de un estado cultural inferior, característico del período prehistórico.

La historia se estructura, pues, en dos ciclos temporales: tiempo pasado y presente, que difieren del tiempo profano o común.

Dentro de este esquema la época "prehistórica" o pasada suele subdividirse en períodos cuyo número varía según el grado cultural de cada pueblo. Así, por ejemplo, de los grupos arriba mencionados la mitología tupí-guaraní se articula en 2 épocas: una pasada y otra presente, mientras que la de los Cunas en 3, de las cuales 2 pertenecen a la edad prehistórica; y la de los maya-quiché en 4, correspondiendo 3, a edades pretéritas. El estudio comparado de la mitología y de la etnografía revela que el nivel cultural alcanzado en la última época está en relación con el número de períodos que le preceden, es decir es proporcional a la duración del pasado histórico. Así, los mayas poseen una cultura superior a la de los cunas, y éstos a la de los tupí-guaraní.

Pero esta regla parece válida solamente para aquellos pueblos que vivieron sus períodos míticos, y no para los que adquirieron relatos míticos por influencias transculturativa o contingencias históricas. Como ejemplo de este caso se puede citar el de los aztecas que llegan al altiplano mexicano en época relativamente reciente, en bajo nivel cultural, y al contacto de pueblos más cultos se elevan en la escala de la civilización, adoptando modalidades de éstos e injertando su mitología propia en la de aquéllos.

Desde Chavero, Ixtlixochitl, Clavijero, Boturini y Selser a Vaillant, los investigadores de las fuentes mexicanas reconocen que los relatos míticos preaztecas sólo hablan de 4 Edades, mientras los aztecas de 5. Esa quinta Edad corresponde propiamente al período histórico de los últimos y no al patrimonio cultural de los pueblos que les precedieron, de quienes los aztecas tomaron creencias y mitos, reinterpretándolos de acuerdo con su propia mentalidad. De allí que para éstos las cuatro Edades que preceden a su quinto Sol carecen de la significación histórica que tienen para los pueblos cuyo desarrollo cultural pasó por dichas 4 Edades. Esto es evidente en las transformaciones sufridas por los mitos y creencias originales al pasar de los pueblos mexicanos de alta cultura a los aztecas, y en el hecho de que mientras las cuatro Edades constituyen el fundamento de las tradiciones cultu-

rales mayas y toltecas¹, entre aquéllos revistan escasa importancia. Esto se desprende del texto mismo de la mitología azteca en la que del extenso material mítico descriptivo de la vida y costumbres de los seres de cada una de las 4 Edades, contenido en fuentes maya-toltecas como el Popol-Vuh, se utilice esas 4 Edades a guisa de armazón vacía para asentar su quinta Edad y la historia del héroe cultural azteca Huizilopochtli.

Cronistas como Gomara, Gregorio García y Motolinia han hecho notar que los aztecas “bien alcanzan que los dioses criaron al mundo, mas no saben cómo, y con relación al tiempo de los 4 Soles, no cuenta nada, porque lo dejan olvidar diciendo que con el nuevo Sol, había de ser todo nuevo”².

La transposición de la mito-historia azteca en el armazón de la tolteca² es evidente también el relato de la 4a. Edad, exponente de las elevadas normas culturales maya-toltecas. Para éstos dicha Edad representa la culminación de su cultura agrícola y, a la vez, su período “histórico” o presente. En cambio los aztecas especifican en sus fuentes que por entonces su economía era de tipo parasitario (base alimenticia fruto del mezquite según *Histoire du Méchique*) y esa Edad corresponde a su prehistoria. En otros términos, la era preagrícola de los aztecas corresponde al último período cultural altamente desarrollado de los pueblos agricultores que los precedieron en el Altiplano, según lo establecen las propias fuentes. Tal situación histórica se expresa además en el 5º Sol que no surge ya en remota época y en el legendario país de origen de los mayas y toltecas, sino en un período relativamente reciente y en la ciudad de Teotihuacán, símbolo de la alta cultura de que los aztecas se precian ser herederos.

Pudiera ilustrarse más ampliamente con materiales disponibles de otras culturas indoamericanas —pueblos del Sur de baja cultura influenciados en diverso grado por los tupi-guaraní, por ejemplo—, las diferenciaciones entre una mitología original coherente con la cultura del pueblo que la posee, y los mitos adquiridos por contactos e influencias culturales, en los que se advierten desviaciones o transformación espiritual de los temas originales.

¹ Entiendo por tolteca la alta cultura de tipo monumental (escultura y arquitectura) que, procedente de la América Central, floreció en el Altiplano hasta el colapso de Tula, de acuerdo con el criterio de los cronistas.

² Para mayores informes sobre estudio comparado entre las fuentes míticas aztecas y las de altas culturas mexicanas, véase “Los Chortis ante el problema Maya”, tomo IV, págs. 1423-1440.

Me he concretado de modo preferente al caso azteca por ser un buen ejemplo de la yuxtaposición y variación que sufren los mitos de ciertos pueblos en sus contactos con culturas; y, además, para salvar la objeción que algún investigador hace del valor historiográfico del Popol-Vuh, que estima no puede considerarse como expresión de las tradiciones históricas maya-quiché (o tolteca), porque igual criterio debería aplicarse también a la Leyenda de los Soles de la mitología azteca que carece de tal carácter.

Tal objeción es válida en cuanto se refiere a la Leyenda de los Soles porque sus 4 primeras Edades, ciertamente no tienen el mismo valor de las 4 de la mitología maya-tolteca, y no expresan como éstas una experiencia vivida por los aztecas, ni tampoco tradiciones culturales que les eran propia por cuya razón no pueden ser colocadas en el mismo plano. Los aztecas y los pueblos mexicanos de alta cultura que los preceden en el Altiplano, proceden de distintas patrias etnogénicas; su cultura original y su historia respectiva difieren considerablemente. Los primeros no estaban muy alejados de sus congéneres septentrionales cuando establecen contacto con los toltecas, asimilando lentamente, desde entonces la cultura de sus vecinos. Tales acontecimientos históricos se reflejan en la Leyenda de los Soles que de ninguna manera puede equipararse al Popol-Vuh, como tampoco puede estudiarse la historia tolteca o maya a través de la azteca.

Para penetrar en el sentido de los mitos y poder reconstruir sus formas primarias, por el método comparado, es necesario distinguir los mitos originales de los prestados o adquiridos. Los 4 primeros capítulos de la Leyenda de los Soles no corresponden a tradiciones culturales aztecas, pero a través de éstos se perciben las influencias ejercidas por el pueblo que les transmitió su cultura. Desde este punto de vista ella ilustra uno de los aspectos de la historia azteca.

Como se ha dicho, los mitos de los pueblos agricultores amerindios muestran rasgos de unidad mutua y relaciones capaces de ilustrar su respectivo grado de civilización, cultura y desarrollo intelectual, moral y material. Por tanto, su estudio por el método comparado está llamado a ocupar un puesto preferente en la dilucidación de problemas referentes a relaciones culturales y conexiones históricas.

En lo que respecta a su división en épocas prehistórica o pasada, e histórica o presente, no hay desacuerdo entre los americanistas que han enfocado su atención a este aspecto estructural de la mitología.

Pero los criterios difieren en cuanto a la interpretación del sen-

tido de las "Edades" prehistóricas del cronorama mitológico. ¿En qué consiste el relato de las "Edades"? Se trata de la descripción de una serie de horizontes étnicos diferentes, de la vida y costumbres de los seres que caracterizan la cultura-tipo de cada época y de los fenómenos espirituales, sociales y económicos que la configuran, hechos que se infieren del conocimiento de mitologías completas como el Popol-Vuh. Siguiendo el orden de sucesión establecido en dicha fuente, puede observarse a través de la narración total un proceso evolutivo en todos los planos de la cultura y en todas las ramas del conocimiento humano, estimulado por descubrimientos de plantas utilitarias e inventos genuinamente americanos.

La percepción de dichos horizontes étnicos así como el orden progresivo de desarrollo cultural que representan ha sido captada sin esfuerzos por los mitógrafos americanistas, común acuerdo que es interesante subrayar. En consecuencia, no discutiremos el texto relacionado con las Edades, sino las hipótesis emitidas para su interpretación.

Desde Brasseur de Bourbourg a nuestros días, los comentaristas del Popol-Vuh han tratado de interpretar en una u otra forma la sucesión de ciclos étnicos descritos en el citado códice. Examinemos las hipótesis más recientes al respecto.

Algunos piensan que los 3 primeros períodos étnicos de la ciclografía de los maya-quiché pueden representar la proyección en el tiempo de formas de civilización ajenas que ellos encontraron en sus peregrinaciones. En tal caso el Popol-Vuh tendría un carácter etnográfico. Otros suponen que la mencionada fuente registra el tipo de cultura de pueblos diferentes que sucesivamente habitaron el área maya-quiché, y cuya fusión produce en la cuarta y última Edad, la cultura propiamente Maya-quiché. No logran concebir que una civilización milenaria como ésta (la maya-quiché) haya podido tener modalidades diferentes en el curso de su larga historia. Villacorta e Imbelloni entre otros sostienen esta teoría. El segundo opina además, que las 4 Edades representan segmentos del tiempo cósmico en consonancia con los 4 sectores del espacio, proyectados en el aspecto concreto de capas humanas.

Otros como Joseph Goetz y W. Schmidt en críticas a mi libro "El Popol-Vuh, fuente histórica" admiten que este códice da una imagen verdadera de la historia cultural maya-quiché³. No son pocos los que

³ Carta del primero al autor, fecha 16 de enero de 1954, en que manifiesta estar de acuerdo con el criterio de W. Schmidt al respecto.

comprendiendo mejor el sentido de este libro sagrado a la luz de recientes investigaciones etnográficas y de hechos expuestos en mi exégesis de esta fuente, están de acuerdo en que el Popol-Vuh expresa verdaderos recuerdos del tiempo pasado, de acontecimientos que quedaron grabados en la memoria y corresponden a períodos vividos por el hombre maya-quiché a través de su historia, a su épico viaje a través del tiempo.

Tal hipótesis tiene la ventaja de que no choca con las objeciones que se oponen a la validez de las otras aquí mencionadas. Los que suponen que el relato de las Edades está sujeto a un patrón fijo, de validez universal, expresivo del pensamiento cosmológico: espacio-tiempo-números sagrados, sujeto a una ley inmutable de ritmo y simetría, fundan su conjetura en el concepto de que todas las mitologías deben contener un número fijo e invariable de 5 Edades, lo que no concuerda con la realidad, ya que hay mitologías con 2, 3, 4 y 5 Edades, hecho que por sí solo invalida la citada teoría. De este asunto trataremos más adelante.

El propio Imbelloni partidario de ella parece contradecirla en comentarios que hace de mitologías de diversos pueblos indoeuropeos de alta cultura, y favorecer la tesis de que esas mitologías expresan la historia cultural del pueblo que las posee. Esa historia no aparece desconectada sino "ordenada en una construcción "de admirable unidad y solidez"; puede observarse en ella un proceso evolutivo de las ideas y de la ética hacia una más íntima armonía del hombre con la vida del cosmos⁴; existe en relatos mitológicos mayas un proceso de desarrollo a partir de una economía parasitaria hasta la agricultura⁵; las catástrofes de final de Edad son verdaderos jalones que desempeñan la función de otros tantos puntos de referencia en sentido de sucesión narrativa e histórica⁷; la división entre lo prehistórico y lo histórico es una característica de las fuentes míticas⁸; las Edades anteriores a la presente constituyen el período antecedente al histórico o actual, etc.

La última Edad contiene, en efecto, las modalidades vigentes que son las finales de un largo proceso de desarrollo realizado en la Edad prehistórica, o sea durante los tres períodos étnicos anteriores en los cuales puede observarse una serie de cambios progresivos que permiten discernir las concepciones iniciales a partir de las que se desarrollan

⁴ "La Narración guatemalteca", pág. 545.

⁵ "La Narración guatemalteca", pág. 619.

⁶ "Las Fuentes de Yucatán", pág. 671.

⁷ "La Narración guatemalteca", págs. 618-19.

⁸ "La Essaltatione delle Rose", págs. 14-15.

las últimas⁹. Ir de los antecedentes a lo consecuente. Esto se comprueba además en ritos, ceremonias, creencias y actitudes tradicionales de los maya-quiché presentes, que parten de modelos ejemplares establecidos a lo largo del relato, de las Edades, que constituye para ellos un todo coherente y orgánicamente integrado¹⁰. La cultura de los maya-quiché presentes está, pues, ligada a su pasado histórico por todas sus raíces.

Las propias conclusiones de Imbelloni respecto a la unidad interna del relato de las Edades, expresivo de un proceso de desarrollo continuo, favorece más bien la tesis de que las 4 Edades correspondan a fases evolutivos de una misma cultura y no a culturas de pueblos diferentes como alguna vez sostuvo. Para respaldar esa hipótesis faltarían además, las pruebas arqueológicas correspondientes a los distintos pueblos que habrían poblado el área maya durante los períodos de su prehistoria, de las que no hay ninguna evidencia.

Si los que han dedicado su atención al examen de las fuentes míticas americanas han captado fácilmente algunos de sus aspectos exteriores, como la serie de ciclos culturales, en cambio hay otros que han permanecido poco menos que ignorados debido a que no pueden entenderse sin una íntima compenetración con el pensamiento indígena.

Como ejemplo típico y elocuente de esa difícil compenetración mencionaré el criterio de J. Imbelloni respecto a los héroes culturales, para citar a uno de los comentaristas que en los últimos tiempos ha dedicado su atención al estudio de las fuentes míticas indoamericanas, especialmente al Popol-Vuh.

La historia del héroe civilizador señala como se ha expresado, el fin de la era prehistórica y el comienzo de la histórica, que es la presente, ya que los dioses-héroes ejemplifican las normas de conducta vigentes. Hunahpú e Ixbalamque héroes culturales del Popol-Vuh, en el curso de su vida prescriben prototipos de conducta eficaces para el sacerdote, el hombre y la comunidad maya-quiché; instituyen las normas que dan al orden humano su definitiva estructura social, moral y mental; y establecen los ritos y ceremonias que han de observarse para dominar la naturaleza, hacer producir el alimento indispensable al sustento de la comunidad, aplacar las fuerzas malignas y promover el bienestar general. Las funciones del héroe civilizador en todas las mitologías americanas son las mismas, estereotipan las normas culturales

⁹ "La Essaltatione delle Rose", pág. 5.

¹⁰ Ver Popol-Vuh fuente histórica.

de los respectivos pueblos. Es fácil comprender, pues, la trascendencia que para los maya-quiché reviste, como para otros pueblos indio-americanos, la historia de sus héroes civilizadores centro de interés de su mitología.

La extensión misma de la narración pone de manifiesto la importancia que los maya-quiché le conceden, pues abarca 111 páginas (184-285) de las 134 del relato de las Edades del Popol-Vuh en la versión Villacorta, que Imbelloni tomó como base para sus interpretaciones. Sin embargo, ese relato resultó un enigma impenetrable para este autor, absteniéndose de comentarlo por considerarlo como "mera interpolación de episodios más vastos que el discurso central"¹¹. Partiendo de este criterio juzga "real distorsión del sentido y arquitectura del Popol-Vuh la idea que la historia de los héroes culturales constituya la parte esencial del relato mítico"¹², y sencillamente los estima como "pasajes accesorios o meramente extraños"¹³.

Así desaprovecha más del 82 % del material mítico indispensable para la comprensión de la mitología maya-quiché, faltándole así los necesarios elementos de juicio para fundamentar su análisis y valorizaciones críticas del manuscrito, de cuyo contenido sólo tiene una visión limitada. De allí que no logre captar plenamente el significado del relato de las Edades, tema de su especialidad.¹⁴

La historia de los héroes culturales y el relato de las Edades forman un todo orgánicamente integrado que no puede dividirse de modo arbitrario. De allí el error fundamental de ese autor al considerar que las Edades o épocas del Popol-Vuh sean 5 en vez de 4. Coloca la historia de los héroes culturales entre la tercera y la cuarta Edad del Popol-Vuh, lo cual es correcto ya que la 4a. Edad arranca, como se ha dicho, del momento en que el héroe se convierte en dios solar después de haber establecido las pautas culturales vigentes. Pero ignora el sentido y la función de la historia de Hunahpú, personificación del 4º Sol que inaugura a la cuarta o última Edad, o sea la presente que se rige todavía por los principios establecidos *in illo tempore* por el héroe cultural. Después de este acontecimiento no cabe otro Sol, ni otra Edad como lo pretende ese investigador para ajustar el Popol-Vuh a sus teorías¹⁵.

11 "La Narración guatemalteca". Buenos Aires, 1940, pág. 602.

12 Runa, Vol. V, partes 1-2, pág. 229, Buenos Aires, 1952.

13 "La Narración guatemalteca", págs. 601-2.

15 Imbelloni está "convencido de que no hay posibilidad de objeciones valederas" a su teoría de 5 Edades (1. La narración guatemalteca, Buenos Aires 1940, pág. 602). Tal afirmación contradice su propio postulado de que las creaciones del

Métodos de trabajo.

¿ Existe algún método objetivo comunicable y verificable que permita establecer si la interpretación de un mito es la verdadera? Sí, este método existe en virtud de la función misma del mito que consiste en perpetuar una realidad trascendente. En el caso de los maya-quiché actuales, los mitos están vigentes en sus costumbres tradicionales, sus ritos, ceremonias, calendario y actos religiosos; su interpretación se reduce entonces a un problema de investigación etnográfica. Imbelloni apoyándose en la breve descripción de un rito fragmentado de los mayas presentes, afirma que éstos “han conservado en su tradición oral y sus costumbres una *imagen tan perfecta* de la vida de sus mayores que su registración cautelosa e inteligente brinda confirmaciones sorprendentes de toda la *temática antigua*”¹⁶.

Pero la penetración de la interioridad religiosa, la investigación en el campo litúrgico, constituye la parte más difícil de toda indagación etnográfica. Los maya-quiché celebran sus ritos secretamente, durante la noche y en sitios inaccesibles al profano. Ni siquiera la masa indígena puede presenciarlos ya que se realizan en exiguas capillas donde solo tienen acceso los miembros de la casta sacerdotal. El patio ceremonial, próximo al templo, es el escenario donde el público indígena ejecuta sus danzas y ceremonias religiosas, mientras sus dirigentes espirituales practican sus rito-mágico-religiosos en el interior del Templo. En los campos de cultivo también es donde el agricultor realiza ritos, ya que el cultivo de la tierra es también un rito. No ha variado ese sistema desde la época arqueológica hasta el presente, a juzgar por la disposición de los templos y patios ceremoniales. Sólo los sacerdotes poseen el soterismo agrario-religioso, de allí que toda investigación en ese sentido debe practicarse con la elite sacerdotal —y no con el indio común— como lo hice entre los Chortí, quichés y otros grupos indígenas. La manera de seleccionar los informantes es esencial para el

Popol-Vuh son cuatro” (4. La Narración guatemalteca). Y confronta además las objeciones siguientes: ¿Cuáles son las características identificativas de su quinta Edad? ¿Cuál es el nombre y las cualidades de su quinto Sol y en qué circunstancias sustituye al cuarto Hunaphú, como éste sustituyó a los anteriores después de destruirlos? ¿Cuál es el nombre de los hombres de su quinta creación que sustituyen a los de la cuarta o sea a Balam Quitze, Balam Acap, Majucutaj e Iki Balam? ¿De qué material están formados los seres que sustituyen a los de maíz? ¿Cuál es el héroe civilizador que ejemplifica las normas culturales de la 5ª Edad? y ¿A qué tipo de cultura corresponde la que caracteriza la 5ª Edad en sustitución del que establecieron los gemelos?

¹⁶ “Fuentes de Yucatán”, pág. 763, Buenos Aires, 1941.

éxito de estas investigaciones. Mas los sacerdotes no están dispuestos a revelar sus secretos que constituyen su fuerza mágica para el dominio de la naturaleza y de la comunidad. Su indiscreción podría acarrearles además dificultades de otro orden, salvables mediante el hermetismo de que se valen ante cualquier investigador de sus prácticas religiosas íntimas. Sólo una larga convivencia con ellos, un conocimiento profundo de su psicología y una confianza ilimitada nacida del afecto y respeto, pueden llegar a franquear los linderos de ese campo tabú para el profano.

Esto lo reconocen quienes se han acercado más al indígena, y desde Ximenes y Las Casas, hasta La Farge y Recinos hacen notar que "En el secreto de sus reuniones, vedadas a los extraños, los indios mantienen sus antiguos ideales religiosos y conservan los relatos mitológicos de sus antepasados".

Lo expuesto explica la ausencia de relatos completos descriptivos del sistema ritual —concomitante con el calendario indígena prehispánico—, practicado todavía por los sacerdotes maya-quié; el conocimiento tan precario de sus ideas religiosas, teogonía; y la escasez de informaciones —fragmentarias y mal comprendidas— que tenemos al respecto.

Sobre tan pobres elementos es difícil a un teórico de la cultura —alejado de las fuentes vivas de información—, tratar de interpretar el pensamiento indio. Aun cuando el que trata de interpretar los mitos conociera la técnica del mitólogo, no puede aplicarla si carece de materiales comparativos entre ritos, ceremonias y prácticas tradicionales, que reactualizan los mitos a cada momento, siempre del mismo modo de lo que dejan expresa constancia.

Mas el método usual para el estudio de la mitología no se limita al campo de la etnografía, sino que extiende al de la arqueología y de la lingüística. Como el arte aborigen es vibrante expresión de ideas religiosas estereotipadas en los mitos, la arqueología constituye una excelente fuente de información deductiva al respecto. Por otra parte, encontramos en la mitología deficiencias etimológicas de vocablos cuyo origen se confunde con el del mito que los explican. Esto puede notarse a lo largo del relato de las Edades del Popol-Vuh¹⁷. Queda además el recurso de las fuentes y tradiciones comparadas. Un enfoque interdisciplinario de la materia mítica permite abordar su estudio con mayor

¹⁷ Ver el Popol-Vuh, fuente histórica. Guatemala 1952. R. Girard.

probabilidad de éxito, y distinguir si los diversos capítulos de una mitología constituyen un patrimonio integral del pueblo que la posee, o son elementos advenedizos. En el primer caso, la mitología constituye una fuente informativa directa que en concordancia con otras disciplinas antropológicas, nos suministra elementos necesarios para el conocimiento de la historia cultural de un pueblo.

Para citar, entre tantos, un ejemplo de correlación mito-etno-arqueológica, ilustrativo de la técnica de trabajo aquí expuesta, consideramos el tema de la concepción del mundo por su importancia fundamental para el indígena, y por las erróneas interpretaciones de que ha sido objeto.

Hay americanistas que conciben al cosmos de los maya-quiché como un aparato geométrico de tres planos, divididos en 4 cuadrantes cada uno, formando 8 paralelepípedos u octantes del espacio. Los números 4, 5, 7, 9, 13 y 52 se derivarían de tal construcción hipotética. Imbelloni partidario de esta teoría, asegura que sus datos lo ha obtenido del propio Popol-Vuh, pues ha tenido "conciencia plena del sentido estereométrico de este pasaje bellissimo en que se habla de buscar los ángulos del firmamento, medir los cuadrantes celestes y terrestres, fijar los 4 puntos cardinales, etc." ¹⁸.

Pero su apreciación es errónea. El Popol-Vuh no hace la menor alusión a puntos cardinales, ni a "octantes" del aparato a que se refiere. Sólo expresa que los dioses solares "buscan los ángulos del firmamento y, miden lo que hay allí, cuadrando las medidas" ¹⁹, estableciendo de este modo la imagen arquetipal del cuadrilátero cósmico orientado no hacia los puntos cardinales, sino hacia los solsticiales. Como la mitología no ha sido concebida en términos de nuestra mentalidad, ni para que la entendamos nosotros, sino para inteligencia de los indios, no es necesaria la mención expresa de que los ángulos del firmamento correspondan a los solsticios y no a los puntos cardinales, ya que tal definición es explícita en la cualidad de dioses solares de los míticos agrimensores. Estos no pueden operar de sur a norte, sino dentro de los límites de los solsticios y en su recorrido anual señalan o "miden" el cuadrante cósmico, "cuadrando las medidas".

El episodio de la mensuración del Universo es repetido continuamente por los dioses solares que imitando sus propios gestos primordiales, registrados en el Popol-Vuh, marcan en el horizonte visible (os-

¹⁸ "La Narración guatemalteca", pág. 611.

¹⁹ "El Popol-Vuh, Edición Villacorta, pág. 165.

cilación anual del Sol) un gigantesco cuadrilátero limitado por los solsticios. Se mueven incesantemente en busca de los "ángulos del firmamento, midiendo el espacio y cuadrando las medidas", como lo hicieron ab origine, tal como lo expresa dicha fuente. Siguiendo rigurosamente los métodos ejemplares de su mitología, reactualizados por los dioses solares, los sacerdotes maya-quiché continúan todavía midiendo y amonajando el altar, el templo, el territorio, mientras el agricultor repite la misma operación en su campo de cultivo; porque tanto el altar, como el templo, el territorio tribal, el campo de cultivo y la casa, son concebidos como microcosmos, dentro del macrocosmos, y se rigen por los patrones geométricos dados en su mitología, razón por la cual sus límites están orientados hacia los puntos del horizonte por donde sale y se pone el sol durante los solsticios. Este esquema es solidario del sistema teogónico, astronómico, y de los números sagrados, así como de la estructura político-social del mundo humano; rige la división de las cosas y del tiempo y se expresa en un calendario solsticial²⁰ normativo de la vida religiosa, económica y social del indio presente. Tal modelo original, eterno e inmutable se aplica a situaciones presentes como a pasadas. Lo comprueban monumentos arqueológicos de los maya-quiché. Las cuatro esquinas del templo agrario de Copán, por ejemplo, están orientadas hacia los puntos solsticiales y exhiben sendas estatuas de Chac, dioses de la lluvia y entes solares en las cuatro esquinas del mundo. Tanto los mojones clavados hoy día por sacerdotes y campesinos indígenas, como la disposición del mencionado templo, son elementos visibles y palpables, constituyendo los fundamentales objetivos de la interpretación del mito.

En cambio, cualquier interpretación subjetiva no sólo carece de comprobación sino que se convierte en arduo problema para el propio intérprete. Imbelloni por su errónea apreciación observa por ejemplo contradicción entre su imaginario aparato cósmico y los informes del Popol-Vuh que "únicamente se refiere a una mitad de sus octantes"²¹.

En cuanto a la orientación del Cosmos nota también discrepancia entre su preconcebida teoría de la posición de los dioses de la lluvia y de los vientos que sitúa "sin lugar a duda en los 4 puntos cardinales"²² y las direcciones de donde proceden las lluvias y los vientos

²⁰ Véase "El Calendario Maya-Mexica", Edición Stylo, R. Gilard, México 1948.

²¹ "La Narración guatemalteca", pág. 621.

²² "Las fuentes de Yucatán", págs. 770-71.

que son las diagonales, o sean los solsticiales. Con ingenuidad trata de cohonestar sus apodicticas afirmaciones en la realidad, manifestando “que los 4 vientos principales proceden de las direcciones diagonales —en lugar de las cardinales— por efecto de rotación terrestre”.

Esta interpretación etnocéntrica revela por sí sola hasta qué punto ignoran la realidad espiritual indígena aún americanistas que se precian de orientadores, ya que los maya-quiché, como Ptolomeo, consideran a la tierra como un cuerpo fijo a cuyo derredor gira el sol. Por consiguiente, no hay en su concepto tal rotación terrestre. Dada la trascendencia que tiene para los aborígenes el patrón cósmico y sus múltiples aplicaciones, es obvio que cualquier error interpretativo repercute en otros dominios, dando margen a bultosas teorías fundadas en fases falsas. Así, por ejemplo, con el derrumbe del aparato cósmico se desploma también la teoría imbelloniana referente a la mística de los números, a la teoría de las Edades y otras especulaciones como la referente al “árbol del mundo”, o de orden teogónico. Hay solidaridad fundamental entre los dioses del pantheón indígena, los números sagrados, los astros, el calendario, el sistema cronológico y los sectores del cosmos.

Los pocos ejemplos que anteceden bastan para demostrar la diferencia existente entre una interpretación correcta del pensamiento mítico y sus medios de comprobación, y las especulaciones de teóricos que desconocen la realidad indígena. El conocimiento de esa realidad es necesaria no sólo para comprender su cultura y su historia, sino también para fines de utilidad práctica por parte de quienes se interesan en el problema indigenista.

De la exposición anterior se desprende que los maya-quiché actuales viven en un tiempo mítico, el último de su ciclografía que es el histórico o presente. Están concordados los mitógrafos americanistas al respecto. Los mitos se mantienen vivos por razón de utilidad y necesidad para la existencia misma de la comunidad indígena. Sus modos de vida se rigen todavía por modelos ejemplares estereotipados en su mitología. Si se pregunta al indio la razón de sus actitudes contesta: “es el costumbre”; conserva celosamente sus viejas costumbres tradicionales que repiten gestos revelados por sus deidades, sus héroes civilizadores o sus ancestros. Las acciones desprovistas de modelos trashumanos carecen, generalmente, de importancia. De allí que sean tan reacios en aceptar innovaciones en sus “costumbres”, y que conserven

hasta hoy sus propios valores culturales, pueblos que aún viven en comunidades autosuficientes como unidad integrada.

Un buen ejemplo de esta integración de los factores religioso-económico y social, configurativos de su cultura presente, puede observarse durante el cultivo del maíz que es, a la vez, un rito celebrado sincrónicamente por sacerdotes y campesinos. Se trata, al mismo tiempo, de una manifestación de solidaridad comunal, ya que la siembra es una operación colectiva.

Para que el cultivo del maíz tenga éxito, los indios deben imitar lo que hicieron los héroes culturales cuando ejemplificaron las normas de cultivo mientras su dirigente espiritual realiza ritos propiciatorios siguiendo modelos arquetipales dados en la mitología. Si éstos no son cumplidos correctamente, la cosecha será defectuosa. Son tan conservadores de la tradición los indígenas, que conservan aún "el costumbre" a distancia de más de 4 siglos de la Conquista. Para abordar el problema de "incorporación del indio" para comprender su mentalidad y reacciones ante nuestras formas de cultura así como para el estudio de su historia, es necesario tener conocimiento pleno de su realidad espiritual.

No es una fantasía lo expuesto aquí. Es fruto de observaciones directas hechas en casi toda una vida por el autor. Están al alcance de quién quiera comprobarlas o acercarse al aborigen.

Digno de admiración es que una Raza haya conservado su cultura a pesar de las adversas condiciones en que la colocó la Conquista. Nuestra miopía es lamentable respecto a la cultura de esos pueblos, debido principalmente a nuestra visión etnocéntrica intelectual. Si no fuera así, mucho se habría alcanzado en el conocimiento de la prehistoria de estos pueblos herederos de altas culturas. Chichicastenango es el ejemplo más visible, a todo el mundo, de la conexión existente entre el presente y el pasado; no hay discontinuidad histórica; se vive y se actúa como en tiempos pasados, manteniendo los valores eternos de la nacionalidad y contrarrestando la corriente vigorosa de la presente civilización.